

Análisis de las elecciones del 24 de octubre de 1999¹

*Por considerarlo de interés para nuestros lectores, publicamos aquí la versión completa de la entrevista que el periódico Acción realizara, con posterioridad a las Elecciones Nacionales del 24/10/99, a los especialistas **Dora Barrancos**, Socióloga, profesora universitaria y legisladora porteña, **Atilio Boron**, Sociólogo, profesor universitario, Secretario Ejecutivo de CLACSO, ex vicerrector de la Universidad de Buenos Aires, **Ricardo Rouvier**, Sociólogo y titular de la consultora de la opinión Rouvier y Asociados y **Julio C. Gambina**, economista, profesor universitario y director de IDELCOOP.*

Periodista: ¿ El voto del 24 de octubre expresa una voluntad de cambios? De ser así ¿qué es lo que va a cambiar efectivamente?

Dora Barrancos: La respuesta es necesariamente ambivalente. Por un lado podría decirse que la votación del 24 de octubre manifiesta una voluntad de cambio en el voto, y por otro lado, yo diría que no. Casi estoy convencida de eso. Si se analiza el conjunto de los resultados, las expresiones más derechistas son las que obtuvieron algún éxito. Asimismo, es evidente el contraste entre la elección nacional, con un aluvión de votos para Fernando De la Rúa, y lo que sucedió en la provincia de Buenos Aires, con la derrota de Graciela Fernández Meijide. En verdad, soy bastante pesimista respecto de la voluntad transformadora que surgiría de los cómputos finales. Si esa voluntad existió, en todo caso estuvo muy limitada, sobre todo si se toma en cuenta la relevante votación de Domingo Cavallo, que le ha permitido a Carlos Ruckauf acceder a la gobernación del primer distrito del país.

Julio Gambina: Lo que hay que preguntarse es qué quiere decir cambio hoy para la sociedad argentina, y hasta debería discutirse qué alcances tiene el término.

Es más, en la campaña electoral todos los candidatos lo utilizaban y hasta el postulante del oficialismo a la gobernación de Buenos Aires tenía como slogan: "El mejor cambio". Creo que una lectura adecuada de los últimos comicios indicaría que existe una demanda de transformaciones en el estilo de conducción de la gestión pública, en cuanto a la ética

1. Texto completo de la Mesa Redonda coordinada por el periódico Acción. Una síntesis de esta entrevista fue publicada en el periódico Acción N° 797 correspondiente a la primera quincena de noviembre.

que expresa el gobierno, y también un reclamo de ponerle límites a la corrupción. Eso no quiere decir que se esté exigiendo una mutación del modelo o de las políticas que definen su funcionamiento. En todo caso se trata de una demanda limitada al modo de gestionar las políticas que se definieron a comienzos de los 90 en el marco del Consenso de Washington.

No obstante, hay indicios ciertos de que se está modificando la subjetividad de la ciudadanía en general. Quiero decir que hay una mayor predisposición a ponerle fin a una década de hegemonía menemista, de protesta, de resistencia. Acaso ésta sea una inspiración de lo que creo que puede disparar el voto.

Es que una parte importante de la sociedad, desde las elecciones de 1997 y hasta la actualidad, ha profundizado su deseo de cambio, y eso puede traducirse en una creciente presión sobre el nuevo gobierno, que busque compensar la que éste recibirá de los organismos financieros internacionales. En tal sentido destaco la votación de la izquierda, que aunque sea todavía marginal en el resultado global, se habría consolidado como una cuarta fuerza, si sus guarismos pudieran sumarse. Curiosamente, nadie lo pronosticaba, ni siquiera las propias organizaciones que han superado ampliamente su desempeño respecto de elecciones anteriores.

Ricardo Rouvier: La pregunta se formula en un contexto mundial donde el modelo económico opera como un corset, como un chaleco de fuerza, que tiende a mantener reprimida -aunque no a través de metodologías policiales- toda posibilidad transformadora. Hoy, cuando hablamos de cambio, no nos estamos refiriendo a la sustitución de un sistema por otro, como sucedía en la década del 70. En las elecciones del domingo, ésta acotada demanda se ha expresado en el triunfo de De la Rúa, pero al mismo tiempo De la Rúa es el límite de cambio. Se trata de una figura que no ha llegado al gobierno a través de espectaculares promesas que puedan cambiarle la vida a la gente. Por eso digo que es el cambio y el límite. Cuando nosotros le preguntamos a la población qué es el cambio, nos dice que es la disminución o desaparición de los problemas que hoy tenemos. Por ejemplo: que decrezca sustancialmente el número de desocupados. Pero inmediatamente se añade: sabemos que la desocupación va a tardar mucho en resolverse. También se lo define a partir de que se termine con la inseguridad pública, o con la corrupción. Se está demandando algo dentro del sistema, no se está proponiendo una construcción fuera de lo dado. Ese es el corset que opera sobre la subjetividad y que construye subjetividad. En ningún momento aparece el planteo de cambios profundos, ni siquiera como una ilusión.

Una primera lectura apresurada de los resultados del 24 puede llevarnos a la confusión. Si vemos los números en una segunda lectura, es advertible que el peronismo hizo una muy buena elección, y si la comparamos con la del 97, que es la más próxima, podemos verificar que la Alianza sumó dos puntos y el peronismo otros dos, es decir que crecieron parejo. Insisto en que hoy para hablar de cambio hay que considerar el contexto, y yo me hago una pregunta: ¿en este marco económico internacional, cuáles son las transformaciones posibles? Algunos días tengo respuestas más positivas, y en otros son más negativas. ¿Se puede hablar de cambio cuando existe un sometimiento, incluso desde sectores progresistas europeos, a este esquema globalizado? Indudablemente las alternativas son muy limitadas, ante una realidad que ha sido consensuada a nivel de las élites internacionales.

Atilio Boron: Considero que hay expectativas de cambio en la gente y que, de alguna manera, un sector muy vasto de la población manifestó su hastío en relación al menemismo, es decir a la expresión política que adquirió el neoliberalismo en la Argentina. Queda pendiente la respuesta a la pregunta: ¿cuánto más lejos quieren ir? Pero se puede prever un futuro inmediato con más transparencia, menos corrupción, y esos no son datos marginales. Subestimar ese reclamo transformador sería muy grave para la Alianza. Es de esperar que no comentan el error de pensar que la demanda de las urnas se reduce a trocar un Menem farandulesco por un tipo serio y circunspecto. El año próximo va a ser muy dinámico desde el punto de vista social, probablemente el más movido de la década.

En estos días se anunció un acuerdo entre José Luis Machinea y Roque Fernández para no aumentar los salarios de los estatales, lo que implica una declaración de guerra contra los agentes de la administración pública. Es en estos gestos donde aparece el tradicional síndrome de la ineptitud radical para comunicarse con la sociedad, y sobre todo con los sectores populares. En lo que respecta a las características del cambio reclamado, habría que preguntarse en primer lugar cuál fue la oferta que recibió la sociedad. Los dos partidos que acaparan el 96% de la votación, no le ofrecieron nada en términos de modificaciones del económico, ni siquiera prometieron correcciones como las que el primer ministro inglés, Tony Blair, está intentando introducir en Gran Bretaña, como por ejemplo revisar la privatización de los ferrocarriles.

Sin embargo, el análisis del comicio aporta cierto material como para pensar que es posible intentar transformaciones. Creo que la sociedad no se va a conformar con un estilo usteroso de conducción; va a reclamar cosas concretas. Esta elección ha iluminado un hecho político central y es que en la Argentina se han cristalizado dos coaliciones muy fuertes, lo que tiene que ver también con el futuro de la izquierda: una coalición de derecha que ganó cuando, como sucedió en la provincia de Buenos Aires, dejó de lado mezquindades políticas y que perdió cuando priorizó las pequeñas querellas, como ocurrió a nivel nacional. Porque si se suman los votos de Cavallo y los de Duhalde, se llega al 48%, más o menos el porcentaje que consiguió la Alianza. Enfrente, tenemos una clásica coalición de centro, con un ala progresista y otra moderada, cuyo eje lo constituye una figura como De la Rúa. Ahí tenemos dos bloques, sociales y políticos, muy fuertes. Y la cosa nueva es que ahora quedó claro que esos bloques o van juntos o son derrotados, es decir si hay una lección que aprendió la derecha con esta elección es que hay que juntar a todos en la misma bolsa: peronistas, la derecha radical, los fascistas, Cavallo, etc.

Por otra parte, la Alianza está en una situación tal que, si se fractura, desaparece como un competidor real en el mundo de la política. Y a nosotros en la izquierda esto nos plantea un dilema horrible, porque ahora están coagulando dos coaliciones al estilo de lo que fue el sistema venezolano durante los 30 años de hegemonía de Acción Democrática y el COPEL, en donde no hay un lugar importante para una fuerza de izquierda, porque queda como una expresión marginal ante la desproporción fenomenal. Cuando se tiene a la Izquierda Unida con el 1% y el otro candidato tiene una expectativa de voto del 38%, la gente no puede escuchar lo que propongamos nosotros. Esta consolidación de bloques es un dato muy importante. Ahora ¿hay algún cambio posible? Yo creo que la Alianza, si se decide a tratar de ganar terreno socavándole algo de la base popular al bloque de derecha, puede hacer cosas interesantes sin salirse del modelo. No es cierto que no puede hacer

nada. Es ese sentido la voluntad de cambio de la gente puede profundizarse, porque la Alianza tiene ahora un desafío tras otro. En pocos meses se va a producir la elección del Jefe de Gobierno de la ciudad, y ahí va a tirar toda la carne al asador, y después viene la de senadores. Por eso tiene que hacer cosas concretas y no tiene mucho tiempo.

Dora Barrancos: La idea de cambio es muy compleja y ha sido deteriorada por lo que yo llamo sentimiento autoconservativo, que dice “*acá tengo que salvarme*”. Esto se vio, y tiene reflejo sobre algunos componentes fundamentales de la Alianza. Pero nosotros aún tenemos márgenes para ofrecer algo más que calidad institucional. Lo que me parece claro es que no todos los miembros del partido radical son conservadores. Considero que, cuando ya se prometía tan poco, las circunstancias de la real politik hacen que haya todavía menos enjundia para siquiera fortalecer la apuesta al cambio. Si ya de arranque existe un condicionamiento, cuando se llega al poder no hay otra opción que la acomodación restrictiva. Este es el problema que vemos ahora, una especie de profecía autocumplida. Es decir se retrajo tanto la oferta, que a la hora de ejercer la gobernabilidad se toman en cuenta las restricciones como un condicionamiento de la acción.

Periodista: Considerando la crisis por la que atraviesa el peronismo, y las que seguramente va a tener que atravesar el gobierno electo cuando la cuestión social se agrave ¿creen que puede haber una rearticulación de las alianzas o ven absolutamente coagulado al sistema?

Dora Barrancos: La arena política está muy movediza, con esta suerte de modelos restrictivos y es muy poco lo que ayudan los medios de comunicación. Creo que se está sobre un cantero que, efectivamente, es inestable. Las popularidades se revocan muy rápidamente, aunque debo imaginar que puede haber novedades interesantes respecto de las futuras alineaciones y hasta una incógnita preocupante acerca de si esta alianza que ganó, se aguanta como tal, si no la socavan rápidamente las demandas que se vienen, que además de auténticas pueden ser manipulables.

Julio Gambina: Cualquiera hubiese dicho en el 83 que se entraba en una etapa de crisis en el peronismo. Y en el 89, muchos afirmamos y escribimos sobre la crisis del radicalismo, que se evidenció claramente en la elección del 95. Sin embargo, el problema hoy pasa por una crisis de alternativa, y curiosamente quien revive al radicalismo del 97 hasta la actualidad, es una fuerza que emergió como la posibilidad de constituir una alternativa y que luego cambió subordinándose a los criterios de gobernabilidad, en lo que creo fue un giro sistemático a la derecha. Se ha producido un cambio en las políticas efectivas de ambas identidades, radicalismo y peronismo, muy afirmadas en una reconversión de esos partidos hacia la derecha, al punto que hoy son su expresión más actualizada. Estoy de acuerdo en que se trata de una coalición de fuerzas diferentes, pero la crisis subsiste y el problema es que no hay una alternativa política distinta en la Argentina.

En cuando al tema de los medios, coincido con el análisis de Dora Barrancos, porque el enfoque que tienen de la realidad y su inserción en el sistema de dominación –entendiendo por tal al poder económico y las mediaciones políticas- han ejercido una influencia muy grande de manipulación sobre el conjunto, que se combina con cierto nivel de hipocresía de la sociedad. Aún aquellos que quieren cambio, pretenden que se produzca sin que modifique su situación privilegiada. Tiene miedo de romper la paridad cambiaria, porque

están endeudados o se plantean renovar la casa o el auto. El sistema actúa sobre esa situación de insolidaridad, entonces hay una parte de la sociedad que sigue zafando, el 35, o el 40%. La pregunta es qué pasa con los demás.

Yo creo que lo que se consolida es una nueva derecha en Argentina, y el problema está en la ausencia de la posibilidad de una alternativa. Creo que la votación de la izquierda muestra dos cosas: por un lado la impotencia de la oferta, la fragmentación, la fractura. Pero el voto de este segmento es en cierto sentido sumable, y ya no tan marginal, al tiempo que expresa la existencia de un espacio ideológico nada desdeñable, que acumuló 560 mil votos. Me parece que la dinámica social que puede desatarse si avanza una propuesta de articulación de la izquierda, más allá de los partidos que se presentaron en la última elección, abre la perspectiva de una identidad política capaz de plantear una alternativa concreta.

Ricardo Rouvier: Estoy convencido de que tenemos que abordar necesariamente la crisis de las organizaciones políticas, porque son las que generan determinadas falencias. Es posible decir que los partidos que ayer fueron constructores de subjetividad, hoy han sido reemplazados en esa función por los medios. Es comprobable que ni siquiera discutan política, y toda su actividad se canaliza a través de las internas. Cuando se constituyó la Alianza, muchos, entre los que me incluyo, imaginaron una arquitectura en la cual el Frepaso era una fuerza política de centroizquierda que contaba con la posibilidad de dinamizar la política, de producir ideas, de interpelar al poder, y de plantear un modelo nuevo. Es decir, de hacer un planteo reformista. Hoy, tiempo después, ese elemento dinamizador prefirió convertirse en un interpelador ético solamente, una suerte de contestación al menemismo. Por eso el aparato del radicalismo se convierte en hegemónico, porque no se trata de una alianza entre fuerzas equivalentes en aparato, estructura y experiencia. Ignoro cuál va a ser el destino ideológico del Frepaso, pero es innegable que se produjo una aceptación general de la estabilidad y de la convertibilidad, una evidente mutación en sus posiciones.

Lo concreto es que terminaron convenciéndose a sí mismos de que no se puede cambiar nada, cosa que suele suceder cuando más cerca se está del poder. En la Argentina de hoy sigue habiendo partidos hegemónicos, y si bien Cavallo sacó el 10% de los votos, él no es dueño de su electorado, no es un jefe político, y no podía en caso de ballottage ordenarle que votara a Duhalde, porque por propia convicción ideológica sus adherentes iban a respaldar a De la Rúa. Todo parece indicar que en el escenario actual cualquiera que se mueva pierde y eso hace a todas las fuerzas políticas más conservadoras. No hay demasiado margen para la innovación y el poder está muy repartido.

Atilio Borón: Tengo la convicción de que no va a producirse una rearticulación de alianzas. Creo que se coagularon dos bloques sociales con una expresión política que cuando fue unida les permitió ganar. Ese dato es muy difícil de mover por varias razones. La gente del Frepaso, por más que haya pasado por este proceso de abandono de las banderas originales, fuera de la Alianza no tiene futuro. No tiene capacidad de presentarse como una propuesta novedosa, además el radicalismo va a hacer mucho para que el Frepaso se mantenga dentro de la Alianza, porque si se va, ellos no ganan. Esa coalición está muy armada. La otra, la de la derecha tradicional, puede llevar como candidato a tipos como Patti o Rico, la Alianza no. El problema que tienen ahora es cómo mantienen la

Alianza para ganarle a Cavallo que se tira con todo a gobernar la Ciudad de Buenos Aires. Se las van a ver en figurillas porque es cierto que Aníbal Ibarra no es el Chacho Álvarez. Con el Chacho ganan, con Ibarra, el partido puede llegar a definirse por penales.

Por el lado del peronismo, también existen factores que explican que permanezcan unidos, empezando por aquella vieja regla de que no se deben sacar los pies del plato, algo que en la izquierda no hemos aprendido. Ellos tienen gobernadores exitosos: Carlos Reutemann, que puede ser un excelente candidato porque muerde en el perfil del Frepaso, José Manuel De la Sota, y ahora Ruckauf. Después está Menem, pero yo creo que el candidato que va a unificar ese bloque es Cavallo. Una fórmula Cavallo-Reutemann sería extraordinariamente poderosa. Cavallo sabe que la derecha no es dueña de sus votos, y que le puede llevar los próximos cincuenta años construir un nuevo movimiento social, razón por la cual su única chance es proponerse como el tipo que pone racionalidad; además es el único que se enfrentó a Menem.

Dora Barrancos: Está claro para mí que todas estas cuestiones que estamos analizando tienen el condicionante de la situación exógena, en una circunstancia cada vez más abrumadora caracterizada por la globalización y la dictadura de los mercados, entre otras cosas. En lo que hace a la Alianza, sus relaciones con el establishment están garantizadas. Lo que no podemos prever, es la actitud del peronismo, que hasta puede hacer presión por izquierda. Yo no descartaría que en un escenario de alta previsibilidad por su imprevisibilidad, juegue sobre las viejas imágenes, porque el populismo peronista en la oposición puede darse el lujo, el de ser un actor que demanda por izquierda. No me queda tan claro que esté congelado el marco de la alianza con Cavallo, un hombre de una subjetividad apasionada que ha construido una estructura personal. Me arriesgaría a afirmar que el 20% de sus votos proviene de clase media baja. Esta idea de que este hombre probó, que es capaz de ser un gladiador, que en el mismo riñón del menemismo interpela a Menem, no sé si podrá sostener en un ajedrez como el que se viene.

Los fenómenos de afuera van a ser de gran impacto y creo que esto va a repercutir en el perfil de la Alianza. Para terminar, señalo que no estoy tan segura de la posibilidad de un acuerdo entre Cavallo y Beliz y entiendo que De la Rúa está muy preocupado por contener a los sectores radicales inmersos en el triunfalismo que piensan que el Frepaso ya se murió.

Ricardo Rouvier: es una acción inteligente que él rehabilite al Frepaso.

Dora Barrancos: Es que De la Rúa no es ningún bobo y ha hecho un cálculo estratégico.

Periodista: Una última reflexión: ¿Es el menemismo está muerto y enterrado, o puede resurgir?

Atilio Boron: Creo que el menemismo, como fenómeno cultural de la política argentina, no está muerto. Puede desaparecer Menem, pero estos diez años dejaron una impronta en la decadencia de la política, que lleva su marca y va a costar mucho trabajo remontar. La posibilidad de que el menemismo sobreviva dicen, que la nueva administración tenga las manos atadas. Las provincias ya no son lo que eran veinte años atrás, y ningún gobernador puede aspirar a desarrollar una gestión mínimamente razonable sin la venia de la Casa Rosada. Si el gobierno no actúa con cierta energía en el

terreno ético y jurídico está perdido, y creo que sería una tontería si no estuviera preparando un arsenal de juicios en relación a Menem y su corte. Porque si Menem siente que goza de impunidad, puede ser un opositor absolutamente incontenible para la Alianza. Entonces, el menemismo puede ser un fenómeno en extinción a condición de que la Alianza actúe con energía y le mande un mensaje muy claro: *"si te movés, vas en cana"*. Ahora, si por vacilación o ambigüedad no lo hace, estará entre nosotros por mucho tiempo.

Julio Gambina: El menemismo instaló una cultura que cierra el ciclo inaugurado por la dictadura militar. Los cambios que generó en la forma de gestionar el capitalismo en la Argentina son muy fuertes. En ese sentido creo que no morirá, porque además, implícita o explícitamente, hay un pacto de impunidad. Es muy probable que el tema de la corrupción se salde con la entrega de algunos personajes que casualmente no son los de tradición peronista: María Julia y Adelina, por ejemplo. Por eso pongo en discusión dos cuestiones: una lo que se dijo acerca de que el peronismo puede jugar a la izquierda de la Alianza. Pienso que van a privilegiar la negociación. La otra tiene que ver con los vientos que soplan desde afuera, porque lo que viene es algo que condice con la imagen de la Alianza, está muy ligado con la propuesta civilizada que propagandizó. Pinochet preso expresa lo que quiere y necesita el poder económico y político, a escala global: se acabó la época de los salvajismos para aplicar el modelo, y sobre todo en la Argentina, uno de los países que más avanzó en la llamada reforma estructural.

Los cambios que se vislumbran a nivel planetario son funcionales al gobierno que se instalará el 10 de diciembre. En ese marco, el saldo de menemismo que queda en la sociedad argentina es muy fuerte y lo único que puede quebrar esa cultura es una dinámica social distinta, aunque nadie puede predecir cómo se producirá la constitución de nuevos sujetos sociales, que pueden ser la CTA, el nuevo pensamiento o las propias redes del trueque. En esa dinámica social es donde puede producirse un quiebre con la cultura menemista, fuertemente instalada.

Ricardo Rouvier: Creo que hay tres peronismos, y no hablo de ideologías, sino de anclajes, de jefaturas. Duhalde representa a uno de ellos. Es el hombre al que alguna vez comparé con un héroe trágico, que nunca logró salir del laberinto y marchó hacia su destino sin poder mencionar a su verdadero verdugo. Después está el de la liga de gobernadores, donde se destacan Reutemann y De la Sota. El tercero es el que conduce Menem. Si analizo a los tres, sobresale al que encarna Menem por su capacidad de moverse con habilidad en el terreno de la construcción de alianzas y consensos. Mientras los gobernadores están obligados a negociar, y Duhalde permanece encerrado en su territorio, él carece de ataduras. Por lo tanto, puede ser un adversario muy peligroso, y desde allí vertebrar nuevas alianzas, que no me sorprendería que abarquen aún a sectores de la izquierda, dado su eclecticismo y su enorme ambición de poder. Volviendo a la cuestión del menemismo como cultura, creo que la Alianza tiene que hacer más política, dar la batalla en el plano cultural. Si Gerardo Sofovich fue el intelectual orgánico del menemismo, hay un espacio desde donde responder y no debe ser desaprovechado. Por otra parte, hay que tener en cuenta al país real. En San Miguel el 69% votó a Rico, Patti se convirtió para muchos en una alternativa para terminar con la inseguridad, y no fueron pocos los que apoyaron a Bussi. Se trata de dar una respuesta cultural, pero desde el país real.

Dora Barrancos: La menemización, el cálculo, el cinismo, el juego ocasional, todo eso que es bien conocido, puede perfectamente ser emulado por otros agentes. Pero es difícil ser Menem y también encontrar condiciones como las que hubo para la menemización. Menem pudo darse ese lujo porque asumió la representación del peronismo después de la debacle del alfonsinismo. Es decir que fue ungido por una circunstancia histórica, y la aprovechó con un desparpajo casi inédito. Pero además se están urdiendo pactos que pretenden hacer de la gobernabilidad un bien preciado. Y eso vale todo, inclusive la impunidad de Menem. Quiero decir que esta actitud podría convocar a la inacción del ministerio público para actuar de oficio contra el actual presidente, en lo que sería un indulto virtual. Menem va a estar detrás de la cortina, pero esto es muy dinámico, los actores se van precipitando y los entreveros serán duros. Hay un problema de gerenciamiento. No se distribuyó de la misma manera la extracción y allí hay un problema. Vuelvo a insistir en la cuestión de que el peronismo puede jugar en las cámaras por izquierda, regodeándose con algunas situaciones en las que la Alianza actúa como con fórceps y va a seguir siendo fiel a esa tradición histórica que lo ha llevado a convertirse en el más hábil interlocutor de los sectores del poder. Puedo imaginar que la Alianza no irá muy adelante con los cambios, pero espero que su propia sensibilidad le impida dar un espectáculo crepuscular.